

## Presentación

Estimado lector,

Este libro que tiene la fortuna de tener en las manos es el tejido orgánico, pausado y sensible, construido por hilos-palabras de las memorias de once mujeres escritoras; un libro templado en la serenidad de manos sabias, tibias y coloreadas por el sol del desierto de La Guajira o por el trino de los pájaros en los ojos de agua de las serranías del Caribe colombiano. Estas páginas recogen la creación de las escritoras seleccionadas como finalistas en la *Convocatoria y Encuentro interdisciplinar de artes, PAZ en femenino: el arte de bordar memorias 2023*, evento organizado por la Vicerrectoría de Extensión y Proyección Social, la Vicerrectoría de Investigación, la Dirección de Proyección Cultural, el Museo de Arte, el Centro de Innovación y Emprendimiento y la Editorial Unimagdalena.

Esta convocatoria reunió a un significativo número de participantes de la comunidad artística femenina del Caribe colombiano: sesenta y ocho participantes en las diferentes modalidades, expresiones plásticas, danza, canto, poesía y microcuento, provenientes de los siete departamentos, tanto de zonas rurales como urbanas. A través de los diferentes eventos culturales de este certamen se ampliaron los rangos de visibilidad de la creación femenina en el campo de las artes. Se mostró el significativo papel de la mujer dentro del ámbito cultural y de las manifestaciones del arte que se producen en el territorio, es decir, los lenguajes artísticos con sus diversos modos, expresiones y prácticas como

presencia viva y propositiva del género femenino. Además, con ello se brindó un panorama ampliado de la propia producción artística femenina desde otra perspectiva, destacando las características de sus propuestas estéticas, con una manifestación en voz alta de las creadoras-artistas del territorio.

Cabe destacar las características diversas de origen, edad, condición étnica y social del grupo de escritoras que se reúnen en este libro. Son voces que nos ofrecen un abanico de pluralidades en el género de poesía y microcuento, no solo en la construcción estructural del texto, sino también en la fuerza de un Yo poético en eclosión, que cifra en la imagen literaria la fuerza telúrica, en algunos casos desgarradora, de los conocimientos, saberes, emociones, memorias y formas de asumir la vida desde lo femenino.

El jurado evaluador de microcuento, conformado por Adriana Valera y Gabriela Lora, enfatizan de la ganadora de esta modalidad, Mabelis Rodríguez, su:

genialidad al presentar las diferentes formas de lo femenino en todos los microcuentos. Hubo un esfuerzo en el tratamiento excepcional de temas comúnmente abordados en la literatura de lo femenino en la región Caribe. También, presenta un diálogo entre lo pasado y el presente con una sutileza que la hace merecedora de esta distinción.

Así, a partir de los textos compartidos en este libro, se hacen visibles experiencias, silencios y vacíos que hacen presencia desde la más pura intimidad y se manifiestan disruptivos por primera vez en este libro que hace público aquello que se calla.

A este tenor, a modo de testamento expandido, nos muestra la poeta Elissa Perez, ganadora de la modalidad de poesía de este certamen, el fragmento del poema *Inventario*:

*No poseo nada.  
Ya ni nombre tengo.  
En vano Madre me heredó sus pesares  
y su mala suerte.  
No poseo nada,  
porque nací como aquellos dioses blancos  
con los pies llenos de barro y sin memoria,  
con una sombra lacerante de serpiente.  
Y en vano me volveré vieja,  
dejaré de temerles a los perros  
y moriré justo a tiempo.*

Para ella, la representación de un yo poético se gesta a partir de un rol de género que responde a un carácter simbólico establecido como paradigma, que se autocuestiona y reflexiona como sujeto literario. La propuesta estética que nos presentan las autoras seleccionadas abre una ventana para observar las luchas cotidianas, las metáforas de resiliencia y la valentía de escribir en un contexto que subvalora e invisibiliza el hacer creativo femenino. La literatura gesta invita entonces a centrarse en el replanteamiento del papel del «ama de casa». Las tareas caseras, la maternidad y el pilar de la familia se ponen en discusión, empiezan a quebrantarse y ponen en juego otras formas de asumir lo femenino.

Quiero cerrar esta presentación con las palabras de Diana Cassallins, jurado de la modalidad de expresiones plásticas, en su texto para la exposición que se instaló a propósito de esta convocatoria en el Museo de Arte de nuestra institución. En ellas nos invita a pensar a partir de los siguientes interrogantes:

¿Cómo se es mujer? y ¿cómo se tejen memorias con el arte?  
Son preguntas para las cuales las artistas seleccionadas tienen

respuestas variadas. Esperamos que este espacio invite a los visitantes (lectores) a generar sus propias preguntas sobre lo femenino, la participación en la construcción de paz y los lenguajes expresivos como medio para promover otros diálogos posibles.

**Mg. Ibeth Noriega Herazo**

Directora

Dirección de Proyección Cultural

## Prólogo

### El sentir de las mujeres: el papel de la poesía y el arte para sanar la violencia en Colombia

Angélica Hoyos Guzmán

*Serpiente de tierra o de agua, la que sisea (σίζω), la que silba, la que sabe.*

*Saludo a aquella, capaz de contemplar de frente el abismo que circunda la existencia. Aquella que no se deja distraer por fuegos de artificio y necias celebraciones, ni se engaña ocultando su rostro tras la máscara ajustable de las conveniencias. Saludo a aquella que sabe arrastrarse con la sierpe, volar a ciegas con el murciélago y dormir cabeza abajo arropada en el sayo de sus propias alas, husmear con las fieras la presa en los vientos y desgarrarla sin ira, aletargarse con los saurios, hibernar con el oso. Saludo a aquella que aceptará su muerte como aceptó su vida, sin pedir clemencia, sin prolongar la espera.*

*Chantal Maillard, 2019*

*Escribir es peligroso porque tenemos miedo de lo que la escritura revela: los temores, los corajes, la fuerza de una mujer bajo una opresión triple o cuádruple. Pero en ese mero acto se encuentra nuestra supervivencia porque una mujer que escribe tiene poder.*

*Y a una mujer de poder se le teme.*

*Gloria Anzaldúa, Una carta a escritoras tercermundistas*

Ha pasado el tiempo y ya no somos musas románticas ni sirenas de la literatura antigua o de *La Odisea* donde Penélope espera a Ulises, pues ella también levantó anclas y se hizo al mar. Han pasado las manifestaciones de cartas suicidas de los hombres a causa del rechazo de las mujeres; pasó también época en que nuestras ancestras no iban a la escuela porque no estaba bien para ellas; no había tampoco una autora y se sabía que la mayoría escribía como *Anónimo* o asumía los nombres de los varones para poder ser leídas, según lo reflexiona Virginia Woolf en *Una habitación propia*.

Aun así, sigue habiendo una construcción cultural en donde la guerra sigue siendo cosa de hombres y las mujeres terminamos como botines sexuales, como cuerpos desechados que se conquistan con las armas. También lo reclama Woolf en *Tres guineas* y lo dice Svetlana Alexievich en su libro *La guerra no tiene rostro de mujer*: la cultura de la violencia con la que se ha cimentado el desarrollo de las civilizaciones humanas es un asunto patriarcal. Esta construcción cultural sigue estando basada en la misoginia. El belicismo tiene como régimen el patriarcado y no como un asunto externo a nosotras, sino como una educación judeocristiana que se nos ha inculcado a través de la escuela, del consumo cultural del cine, de la música, de la literatura, con la que los valores que se aprenden a partir de esa binariedad entre hombres y mujeres, desde lo íntimo a lo público, construyen nuestras identidades mientras dejan por fuera otras alternativas genéricas, diversas, fluidas, cuirs.

Las conquistas de nuestras luchas sociales por la igualdad y la diferencia cada día se hacen más visibles y de mucha trascendencia en la reivindicación que tienen en el siglo XXI estos cambios. La justicia poética de lo que ya se ha vivido como violencias y que responde a traumas ancestrales, a lenguas de victimarios, se hace hoy en día a través del arte y la literatura, pues como dice Audre Lorde EN *La hermana extranjera*, no es tiempo de callar:

Yo iba a morir tarde o temprano, hubiera hablado o no. Mis silencios no me habían protegido. Tampoco las protegerá a ustedes. Pero cada palabra que había dicho, cada intento que había hecho de hablar sobre las verdades que aún persigo, me acercó a otra mujer, y juntas examinamos las palabras adecuadas para el mundo en que creíamos, más allá de nuestras diferencias. Y fue la preocupación y el cuidado de todas esas mujeres lo que me dio fuerzas y me permitió analizar la esencia de mi vida.

Pero la palabra y el sentir femenino incomoda en la cultura patriarcal. Nos lo hace saber Chantal Meillard en su libro de ensayo *La compasión difícil*, en el que analiza toda esta incomodidad, esta estigmatización de la sabiduría femenina, la serpiente de la libertad de ser mujeres. El siglo XXI es un siglo para responder a este llamado de las sabias: de Woolf, de Lorde, de Maillard, de Juana Inés de la Cruz, de Leonora Carrington, de Remedios Varo, de Frida Kahlo y de tantas otras que están en la invisibilidad, en la historia que no nos enseñan en las escuelas, aunque son modelos de pensadoras o mujeres intelectuales con las cuales podemos reconocernos. Son modelos para aquellas que de niñas despertamos la curiosidad por las letras, con los cuestionamientos por la cultura o simplemente con la necesidad de decir.

Las mujeres que dicen, que leen, que escriben, que hacen arte, somos peligrosas. El sentir de las mujeres en el siglo XIX y el XX era tan raro como un perro que baila, como nos lo hizo saber Gabriela Castellanos en sus ensayos leyendo a Jane Austen y María Luisa Bombal. Su rareza no era porque hiciera falta mayor voz o presencia, sino porque no hay tal mirada amplia y democrática para escuchar este sentir. El patriarcado no escucha a las mujeres.

La cultura patriarcal hace que el sentir de las mujeres sea incómodo aún en nuestros días. Nos muestra Corral Herrera en sus análisis del *Laboratorio del amor* cómo seguimos siendo tomadas como reclamantes. También así lo analiza la lingüista Ivonne Bordelois cuando nos propone la no escucha como una violencia simbólica contra lo femenino. Otra forma de misoginia. Ella plantea esta idea a través del análisis del mito de Eurídice, la no escuchada que tiene que ser vista. Al verse bonita queda condenada al inframundo, mientras que Orfeo se vuelve mucho mejor compositor y su música es sublimada al transgredir el mandato que le impedía voltear a ver a Eurídice para poderla llevar con él a la tierra. La música más triste, pero sublimada al fin.

Existe algo así como un privilegio patriarcal frente a la negación de la escucha femenina, la clave para su liberación, la escucha de la serpiente, de la sabiduría de la que nos habla Maillard en el epígrafe que escogí, la que sisea, la que sabe, la no escuchada. El lenguaje y el sentir femeninos es el de la rabia, el de las emociones, el de lo inconforme y también el de lo no lingüístico, el del cuerpo.

Luisa Muraro nos habla de un orden simbólico de la madre, que es el lenguaje amorfo, mientras que existe el orden simbólico del padre, que es el acceso a la cultura a través de la palabra. La poesía está cercana a la madre; el útero universal es aquel de lo femenino que saluda Maillard en el epígrafe; la necesaria vuelta a la matria que frente a la guerra las mujeres proponemos porque somos quienes ponemos los hijos y los cuerpos como botines para quienes ejercen el poder con las armas. Sin importar el bando del que se trate, ni si las mujeres también hacen parte de los ejércitos, la guerra sigue siendo una resolución bélica, patriarcal, inscrita en el régimen de la muerte por oposición al de la vida.

Un evento como este tendría que ponernos a escuchar el sentir de lo femenino. Alguno de los profesores colegas me comentó, al observar la convocatoria del Encuentro Paz en Femenino, que había una especie de exclusión contra los hombres porque él quería participar con sus poemas y no le era permitido. Este compañero es alguien que está consciente de su formación, escribe ensayos sobre el feminismo, pero aún le cuesta el papel activo de sentarse a escuchar el sentir femenino. Como a muchos de nosotros, todavía tenemos esta misoginia, esta violencia interior, como la llamaría Byung Chul Han, de no querer espacios diferenciales porque se exige la presencia y la voz de los hombres para poder generar una idea de igualdad, cuando aún no se superan las brechas de desigualdad ni la invisibilización de las mujeres en las artes y la cultura.

El siglo XXI nos abre la posibilidad de tomar posición y defender estos espacios de la diferencia en el sentir, de darle a la palabra y a los lenguajes femeninos la posibilidad de escucharnos y ser escuchados, y puestos en primer lugar para desentrañar los dolores colectivos del clan de la cicatriz, tal como lo enuncia Clarissa Pinkola Estés en su tesis doctoral *Mujeres que corren con lobos*. Estos son los medios de la sanación de la palabra, de la sanación de las violencias del patriarcado, tanto las internas como las que diaria y cotidianamente vivimos hombres y mujeres a causa de la imposibilidad de escuchar y poner luz en la oscuridad de nuestras almas humanas.

Es esta, pues, la idea de que es el siglo de la sanación de lo masculino y lo femenino, y que el arte y sus lenguajes diversos tienen ahora la oportunidad de descentrar, de desestructurar los lugares de privilegio desde donde se nos ha definido como mujeres y como sociedad; de contar la historia otra, las historias a contrapelo, como bien lo diría Walter Benjamin. En esto, la literatura y el arte cumplen el papel de ser vehículo,

medios limpios para establecer una *cultura del corazón* frente a la violencia. Cito a Benjamin (2001):

Donde quiera que la cultura del corazón haya hecho accesibles medios limpios de acuerdo, se registra conformidad inviolenta. Y es que, a los medios legítimos e ilegítimos de todo tipo, que siempre expresan violencia, puede oponerse los no violentos, los medios limpios. Sus precondiciones subjetivas son cortesía sincera, afinidad, amor a la paz, confianza y todo aquello que en este contexto se deje nombrar (p. 23).

El amor, el dolor, el miedo, la rabia, la amistad, la memoria activa frente a la memoria estática, son contrahegemonías que le hacen frente a la guerra, que ejercen políticas estéticas merecedoras de ser escuchadas, no como rarezas o como canaletas en la sociedad patriarcal, sino como lo que en últimas son suturas y sanaciones de las imposiciones patriarcales y sus violencias sobre los sujetos del siglo XXI y el resto que guarda nuestra educación y misoginia interior.

El papel del arte y la literatura hechas desde el sentir femenino es el de la sanación y el de la transformación de los silencios de siglos anteriores, cuando las mujeres hemos estado signadas a lugares estereotipados y dejadas a la subordinación de los papeles tradicionales.

Permitirnos la expresión primigenia y escuchar ese sentir es empatizar con las víctimas que somos todos y todas en una realidad colombiana que no cesa sus conflictos armados. Es también desentrañar los dolores de victimarios que en últimas somos todos y todas al dejar de sentir el dolor de los otros.

Tuve que actualizar los datos de las cifras que deja el conflicto armado desde que investigaba sobre las relaciones entre poesía y violencia en el 2015 y en el marco de los acuerdos de paz. En-

cuentro ahora que, en el marco del conflicto social y armado que se ha vivido por más de medio siglo, las formas de violencia hacia las mujeres se han profundizado. Las mujeres han sido víctimas de violación, esclavitud sexual, esclavitud doméstica, abusos sexuales cometidos por actores armados de todas las partes del conflicto, incluyendo fuerzas militares, grupos guerrilleros y paramilitares; han sido desplazadas de sus hogares, lo que ha tenido un impacto devastador, ya que a menudo son responsables del cuidado de los niños y los ancianos; han sido objeto de asesinatos selectivos por su papel en la sociedad, incluyendo líderes comunitarias, defensoras de derechos humanos y activistas políticas; han sido amenazadas y sufrido extorsiones por parte de grupos armados ilegales, lo que ha limitado su capacidad para moverse libremente y participar en la vida política, social y económica de sus territorios; han sido tomadas como rehenes y usadas como botín de guerra por los grupos armados, lo que ha llevado a su explotación y abuso. Según el Registro Único de Víctimas, en Colombia existen 9.472.251 personas reconocidas como víctimas del conflicto armado, de las cuales 4.758.112 son mujeres. De este total, 5.155 se autorreconocen como miembros de la población LGBTI. Y, asimismo, 560.644 se autorreconocen como indígenas y 1.229.191 se autorreconocen como miembros de las comunidades Negras, Afro, Raizales y Palenqueras (NARP) (Unidad para las Víctimas, 2023).

Con este panorama en perspectiva queda claro que es más que urgente y necesario que se nos abra la posibilidad de implantar los medios limpios de hacer frente a la violencia a partir de una cultura del corazón con la que el sentir femenino sea escuchado.

Es necesario aclarar que estoy de acuerdo con la propuesta de bell hooks (2004) de incluir en la lucha contra el patriarcado a los hombres, y que en esa medida daría lugar a que mi

colega expusiera también en este marco sus poemas, tal como era su deseo. Pero creo también que los hombres necesitan sus propios espacios, tal como lo están haciendo y ejerciendo ya algunos colectivos para asumir lo íntimo como político y hacer sus procesos de sanación y deconstrucción de sus regímenes hegemónicos.

Es el momento de empatizar con la cultura del corazón y sus medios limpios y escuchar a las mujeres. El siglo XXI ha traído el auge de la literatura escrita por mujeres. Algo que ya a finales del siglo XX se vio iniciado por el postboom literario en narrativa y que Ángel Rama llamó en su momento como la democratización de la literatura latinoamericana en voces de los contestatarios del poder, entre los que incluyó la mirada de las escritoras como Ángeles Mastreta.

Hoy en día, en tiempos de literaturas híbridas, la creación literaria, el arte e incluso la cultura popular transgreden abiertamente el mito de Eurídice y se hacen escuchar, siguen la línea de la democratización y ejercen el libre derecho a la expresión, a decir, desde modos y lugares diversos, lo que se debe y se tiene que decir sobre las violencias, a testimoniar la guerra desde el cuerpo. Es así como se cumple también uno de los sueños de Virginia Woolf en *Una habitación propia*, en donde habla de la necesidad de que las mujeres expresemos abiertamente nuestros deseos para que exista una literatura de mujeres.

Invito con esto a leer el mundo como una mujer, a explorar cada muestra artística y literaria resultado de este evento y mostrar cómo este orden simbólico de lo femenino nos interpela a hacerle duelo a la guerra y provocar la construcción de paz, la superación de las violencias de todo tipo, y darle el lugar a la literatura y el arte para sanarnos con las escucha de sus voces más dolientes. Tal vez escuchando tengamos un lugar para

superar la desigualdad y podamos transformar el silencio en acción de cambio, en disposición de cambio cultural.

A continuación, me permito referenciar algunas de las obras escritas por mujeres, en las que su lenguaje denuncia abiertamente los dolores sentidos y vividos por las mujeres en el marco del conflicto armado colombiano. Se trata de la obra de algunas de las mujeres que leí para mi tesis doctoral y que me permiten ejemplificar la postura sobre el papel de la literatura, la política y la ética de los artistas hoy frente a la guerra.

Esta política afectiva se ejerce en lo entendido como literatura y estética desde Jacques Rancière (2005), donde todo aquello que desordena, que ejerce una movilidad, una pérdida de fronteras, como la literatura, está deshaciendo lo policivo de las verdades, el control sobre lo que debe recordarse, pero sobre todo escuchando y desde una postura ética de la creación verbal que involucra la empatía (Bajtín, 2000) como vehículo dinamizador de la creación que ejerce la movilización o conmoción social. El común denominador de la poesía testimonial escrita por mujeres en Colombia es el de crear una mirada femenina en la imaginación pública sobre la guerra, necesaria para ampliar el registro y contrarrestar la fábrica de imágenes sobre víctimas y sujetos al margen.

Encuentro entonces los poemas de Anabel Torres, Cristina Valcke Valbuena, Nana Rodríguez, Camila Charry, Andrea Cote, y me permito leer en esta ocasión e incluir en esta breve muestra a Diana Carol Forero, poeta exmilitante de las FARC, quien vive ahora en el Guaviare, estudia matemáticas y lleva a cabo proyectos sociales y culturales para darles nuevas oportunidades a los habitantes de su municipio. Diana Carol se entregó a la guerrilla por una decepción amorosa debido a un abuso narcisista, y su libro cuenta las más cruentas ver-

dades de la memoria de las muchas personas que vio morir en combate. La guerra no tiene el rostro de mujer, tiene múltiples rostros de lo que somos como víctimas y victimarios de un mismo sistema cultural que nos ha condenado al sufrimiento.

Desde luego que también quiero resaltar la importancia de la obra presentada por las autoras caribeñas y las artistas que en este encuentro Paz en Femenino se unen a esta tradición de los medios limpios y de la cultura del corazón, para reivindicar el derecho al sentir de las mujeres en el marco de una guerra que no cesa. Por ello, exalto la obra llena de matices, en la que la cicatriz es una metáfora común, la herida abierta y enunciada por ser mujer en esta historia contada en medio del belicismo, la que nos habla de este derecho, de la serpiente que libremente nos dice su dolor.

Era necesario, sí, escribir sobre este contexto, porque muchas veces no se entiende la necesidad de darle relevancia a este sentir femenino, sobre todo cuando hemos sido las madres quienes hemos entregado los hijos a la guerra y las mujeres las que seguimos poniendo el cuerpo. Con este texto quiero no solo invitar a la lectura e interpretación del importante trabajo de las artistas y autoras del encuentro, sino a dejar la violencia de no escucharnos, a permitir que Eurídice, que la serpiente, siga susurrando y a quedarnos con ese mensaje de las sabias. La reconciliación y el equilibrio es necesario y pasa por la atención plena también al lenguaje de las mujeres.

## Referencias

- Alexiévich, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer* (I. Dobrovolskaia, Trad.). Debate. (Obra original publicada en 1985).
- Cote, A. (2003). *Puerto calcinado*. Universidad Externado de Colombia.

- Anzaldúa, G. (1988). *De Hablar en lenguas. Una carta a escritoras tercermundistas en Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los EE.UU.* ISM Press.
- Bajtín, M. (2000). *Yo también soy (Fragmentos sobre el otro)* (T. Bubnova, Trad.). Taurus. (Obra original publicada en 1979).
- Benjamin, W. (2001). *Iluminaciones IV. Para una crítica de la violencia y otros ensayos* (R. Blatt, Trad.). Taurus. (Obra original publicada en 1991).
- Bordelois, I. (2005). La palabra amenazada. Ivonne Bordelois. Subtítulo: Libros del Zorzal.
- Castro, C. (2011). La poética del trauma y la esperanza en Agua herida de Anabel Torres. *Perífrasis. Revista de Literatura, teoría y crítica*, 2(3), 99-112.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2011). Mujeres que hacen historia: Tierra, cuerpo y política en el Caribe colombiano. CNMH, Bogotá.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2011). *Mujeres y guerra: víctimas y resistentes en el Caribe colombiano*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2018). *Expropiar el cuerpo. Seis historias sobre violencia sexual en el conflicto armado*. CNMH.
- Charry, C. (2015) *El sol y la carne*. Ediciones Torremozas.
- Comisión de la Verdad (2022). *Colombia adentro. Relatos territoriales sobre el conflicto armado*. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (2018). Censo Nacional de Población y Vivienda. Bogotá, Colombia
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (2019). *Encuesta nacional de consumo de sustancias psicoactivas*. DANE.